

Muerta

à una

Carta



que llevaba perfumes de la brisa,
dulzura suave y claridad de aurora.

Ante mí todo alegre sonreía
mostrando el mundo sus mejores galas,
y tu alma hasta tus ojos ascendía
á recoger suspiros de la mía,
que te llevaban besos en sus alas.

Por alentarte en tu pasión primera
cantaron para tí los ruiseñores,
y en la creación entera
duró dos meses más la primavera,
que quiso perfumar nuestros amores.

Nido en tu sér, que arteras invadieron
venciendo tu firmeza con sus mañas,
la ingratitud y la perfidia hicieron,
y con su agudo dardo produjeron
una herida profunda en mis entrañas.
Y ante aquel rudo golpe dolorido,
oprimí el corazón que te adoraba
y ahogué el recuerdo tuyo que llevaba

en lo hondo de mi espíritu escondido.

Allí quedó mi corazón deshecho,
y hoy de mi amor moviendo los despojos,
quiero mostrarte el fondo de mi pecho
para que veas lo que en él han hecho
las miradas ardientes de tus ojos.

De tal modo he sufrido por quererte,
que ya no siento ni placer ni calma;
mas no llora tu pérdida mi alma,
porque yo mismo en ella te dí muerte.

Me quedan de tu amor tan hondas
huellas,
que aún palpita mi pecho á impulsos de
ellas,

y tales sueños en mi mente inspiran,
que si observo en la noche las estrellas
me parecen tus ojos que me miran.

Herido al ver lo que conmigo has
hecho,

en los altares de mi amor te inmolé,
y sé que mueres para mí tan sólo,
pero ahogo tu imagen en mi pecho.

Lo que fué de tu amor el santuario
se ha convertido en lecho funerario;
la que era fresca gruta perfumada,
por reflejos del cielo iluminada
y llena de poesía y de misterio,
la derribó tu ingratitud airada
y ahora es mi corazón un cementerio
donde llevo tu imagen enterrada.

Hoy tu recuerdo á mi pesar me impele
de las tristezas al profundo abismo...

¡Tú no sabes, Consuelo, cómo duele
llevar muerto un amor en uno mismo!

¿Dices que pasará mi desventura?
¡Sí... pero cómo daña mientras dura!

Ya sé que el corazón, harto de penas,
de nuevo vivirá y echará flores,
y ensanchando el espacio que tú llenas,
las puertas ha de abrir á otros amores.

Entonces otra vez la luz del cielo
vendrá á alumbrarme en mi reciente
anhelo,

me envolverá el espacio en armonía
y todo para mí será consuelo,
y música, y perfume, y alegría.

El nombre de otro sér idolatrado
vendrá á mi corazón apresurado,
y el nuevo amor, al invadir mi pecho,

derribará tu mortuario lecho
y el altar en que ufana te entronizas,
y tu recuerdo dejará deshecho,
y aventará implacable tus cenizas.

De cuanto fuiste para mí en el mundo,
de la que era tu imagen adorada,
de mi ceguera y de mi amor profundo,
¿qué quedará dentro del pecho? ¡Nada!

La intensa luz de otra mujer querida
ha de llegar á mi alma de tal suerte
que borrará tu sombra bendecida....
¡Como el amor es claridad y es vida
no puede estar al lado de la muerte!

¡Siempre fueron así los corazones!
Cuando á un cariño nuestro sér se
entrega

Ata de dolor el corazón transido,
á los antros sombríos del olvido
te dirijo mi carta lastimera.....

¡Ay! ¡si supieses lo que te he querido
comprenderías que tu amor ha sido
claridad que llenaba mi alma entera!

Con la memoria de los dulces días
que llenos de venturas y alegrías
á tu lado pasé, lucho violento,
y al recordar el tiempo en que vivías,
me parece que envuelto en armonías
á mí llega el perfume de tu aliento,
que enagenada de placer me envías.

¿Si supieses, Consuelo,
cómo me llena el corazón de duelo
saber que mi pasión intensa y pura
estuvo á punto de llevarme al cielo,
y que defuvo una traición mi vuelo
dejándome caer desde la altura?

¿Si supieses qué horrible
es estar á una pena encadenado
sin ilusiones, sin placer, sin calma,
y qué triste es vivir desengañado
y cruzar por el mundo condenado
á llevar un cadáver sobre el alma?

¡Sí! Tu muerte moral á mí se debe.

Te olvidé por ínfima y por leve,
y aunque me ves por el dolor deshecho,
cumplí la ley fatal de mi destino.
¡Yo he matado tu amor dentro del pecho
y ahora siento terrores de asesino!

¡Era yo tan feliz cuando te amaba!

Tú fuiste para mí vida y consuelo
y en tus ojos azules contemplaba
los fulgores espléndidos del cielo.

La luz de tus miradas indecisa
penetraba en mi pecho triunfadora,
y busqué con anhelo tu sonrisa,

